

LA TIENDA DEL ORFEBRE

ANDRZEI JAWIEN'

(Pseudónimo de Karol Wojtyła)

La obra data de 1960. El subtítulo, "Meditaciones sobre el Sacramento del Matrimonio que adoptan a veces forma de drama", ilustra sus finalidades sociales y religiosas. Pero, en el fondo, la pieza puede leerse como crónica poética de tres historias de amor.

"La tienda del orfebre", "Meditaciones sobre el Sacramento del Matrimonio que adoptan a veces forma de drama", se publicó con la firma de Andrzej Jawien en la revista polaca "Znak", número 78, en 1960. La trama argumental de este drama discursivo es simple: la primera parte es la historia del amor, compromiso y matrimonio de dos jóvenes, Teresa y Andrés. Andrés casó en el frente poco después de que nazca su hijo Cristóbal: se trata, evidentemente, de la guerra

polaco-germana de 1939. La memoria y el amor sobreviven al protagonista. La segunda parte es la amarga historia del amor y el matrimonio equivocado de otra pareja, Ana y Esteban. Es, tal vez, la parte más significativa y psicológicamente aguda de la obra. La hija de esta pareja, Mónica, conocerá, en la tercera parte de la obra, a Cristóbal. Las experiencias de los padres de ambos jóvenes pesarán e incidirán sobre su amor. Un personaje simbólico, el del orfebre, representa el elemento metafísico y en cierto modo sobrenatural de esta meditación dramática.

Ofrecemos algunos fragmentos de las partes primera y segunda de la obra.

LOS SIGNOS

Teresa.—Andrés me eligió a mí [precisamente y pidió mi mano. Fue esta tarde entre las cinco y [las seis.

No recuerdo con exactitud, no logré consultar mi reloj, ni miré la hora en el de la torre del viejo Ayuntamiento.

... Estábamos paseando por la plaza, cuando Andrés se volvió y [me dijo: —¿Quieres ser la compañera de [mi vida?

Dijo eso exactamente. No preguntó: ¿Quieres ser mi mujer? Dijo: la compañera de mi vida.

Contesté que sí, aunque no inmediatamente, sino después de [unos segundos.

Recuerdo que Andrés no me miró súbito a la cara, sino que se quedó mirando al frente, como si observara la calle que habíamos [de atravesar juntos.

Andrés.—Pensaba entonces mucho en mi "alter ego". Sí, Teresa era todo un mundo, de igual modo distante que cualquier otro hombre, cualquier otra mujer, pero algo me autorizaba a creer que podía tender un [puente.

Yo dejaba que durase aquel pensamiento, que madurara en mí [ánimo...

No me fiaba sólo de la primera impresión del encuentro de los [sentidos.

Porque mis sentidos se alimentaban de las gracias de las mujeres con que a cada paso me topaba. Pero cuando trataba alguna vez de seguir las sólo encontraba islas [desiertas.

Pensaba entonces que la belleza perceptible para los sentidos podría ser un don difícil o peligroso: lo sabía; muchos lo han pagado con un mal infligido a los [demás.

Y así he ido poco a poco aprendiendo a apreciar la belleza perceptible a la razón, es decir, a la [verdad.

Entonces decidí buscar una mujer que pudiera ser mi "alter ego", para que el puente tendido entre nosotros dos no se convirtiese en una pasarela vacilante [entre juncos y cañas.

Teresa.—Yo era resistente como [un árbol que puede ser carcomido, pero [no pudriese.

Si a mí misma me compadecía no era por el amor frustrado. Y, sin embargo, todo me parecía [difícil.

Especialmente, aquella tarde, en

que nos sorprendió la noche. Jamás olvidaré los estanques a ambos lados de la calle como dos cisternas llenas de sueño sin fondo.

Dormía el metal mezclado con [los reflejos de la noche clara de agosto.

Faltaba, sin embargo, la Luna. De pronto, mientras estábamos [mirando

—nunca lo olvidaré— de alguna parte, por encima de [nuestras cabezas, surgió como una clara llamada semejante a un lamento, a un gemido

o incluso a un piar de pájaro. A todos nos dejó sin aliento.

Imposible saber si era un hombre el que así había gritado, o si se trataba de vagido de alguna ave tardía.

La misma voz volvió a oírse nuevamente.

La señal atravesó el bosque soñoliento, la noche de las montañas.

Si hubiese sido un hombre, lo habría sentido.

Pero aquella llamada no se volvió a escuchar. Y entonces, cuando todos hubieron callado,

esperando oír la respuesta se alumbró de pronto en mi otro pensamiento; en torno a las [demás señales.

Me ha vuelto hoy a la memoria, entre el perfil de Andrés y la torre del viejo Ayuntamiento de nuestra ciudad.

Esta tarde, entre las cinco y las [seis,

cuando Andrés me pidió la mano pensé en las señales que no pueden jamás converger.

Pensaba en Andrés y en mí misma [y tuve el presentimiento del [peso de la vida.

Esta noche me encontraba tan [mal.

Cuanto había a mi alrededor se [me antojaba

tan indispensable, tan en armonía con el mundo entero.

Y sólo el hombre parecía desconcertado, perdido.

No sé si todos los hombres.

Yo al menos sí, con seguridad.

Así que esta tarde, cuando Andrés me preguntó:

"¿Quieres ser mi compañera [para siempre?",

pasados diez minutos, le respondí que "sí"

y un instante después le pregunté a mi vez

si creía en las señales.

Andrés.—Teresa hoy me preguntó si creía en las señales.



Karol Wojtyła, arzobispo entonces de Cracovia, ante una iglesia en construcción de su ciudad.



Wojtyła, tercero por la izquierda, primera fila, con los obreros de la fábrica donde trabajaba.

Amor sagrado y amor (un poco) profano

Publicamos a continuación un breve fragmento de Amor y responsabilidad, estudio de moral sexual, de Karol Wojtyła. Obra escrita con anterioridad a la encíclica "Humanae Vitae", aborda problemas tales como el del matrimonio, el sexo, la anticoncepción y el aborto. Su novedad fundamental radica en el lenguaje con que se enfrenta, de modo explícito, a los problemas sexuales.

Desde el punto de vista del amor de la persona y del altruismo, se ha de exigir que en el acto sexual el hombre no sea el único que llega al punto culminante de la excitación sexual, que éste se produzca con la participación de la mujer y no a sus expensas. Esto es lo que implica el principio que hemos analizado de una manera tan detallada y que, conjugándose el amor, excluye el placer en la actitud respecto de la persona del "copartícipe".

Los sexólogos constatan que la curva de excitación de la mujer es diferente de la del hombre: sube y baja más lentamente. Anatómicamente hablando, la excitación en la mujer se produce de una manera análoga a la del hombre (el centro se halla en la médula S2-S3), con todo, su organismo está dotado de muchas zonas erógenas, lo cual es una especie de compensación del hecho de que su excitación crezca más lentamente. El hombre ha de tener en cuenta esta diferencia de reacciones, y esto no por razones hedonistas, sino altruistas. Existe en este terreno un ritmo dictado por la Naturaleza que los cónyuges han de encontrar para llegar al mismo momento al punto culminante de excitación sexual. La felicidad subjetiva que experimentarán entonces tendrá los rasgos de *truf*, es decir, de la alegría que de la concordancia de la acción con el orden objetivo de la Naturaleza. El egoísmo, por el contrario —en el caso se trataría más bien del egoísmo del hombre—, es inseparable de *util*, de esa utilización en la que una persona busca su propio placer en detrimento de la otra. Está con esto bien claro que las recomendaciones

de la sexología no pueden ser aplicadas prescindiendo de la moral.

No aplicarlas en las relaciones conyugales es contrario al bien del cónyuge, así como a la estabilidad y a la unidad del mismo matrimonio. Hay que tener en cuenta el hecho de que, en estas relaciones, la mujer experimenta una dificultad natural para adaptarse al hombre, debida a la divergencia de su ritmo físico y psíquico. Una armonización es, por consiguiente, necesaria, que no puede darse sin un esfuerzo de voluntad, sobre todo de parte del hombre, ni sin que la mujer se atenga a su pleno cumplimiento. Cuando la mujer no encuentra en las relaciones sexuales la satisfacción natural ligada al punto culminante de la excitación sexual (*orgasmus*), es de temer que no sienta plenamente el acto conyugal, que no embarque en él su personalidad entera (según algunos, ésta es frecuentemente la causa de la prostitución), lo cual la hace particularmente expuesta a las neurosis y trae consigo una frigidez sexual, es decir, una incapacidad de sentir la excitación, sobre todo en su fase culminante. Esta frigidez (*frigiditas*) resulta a veces de un complejo o de una falta de entrega total de la que ella misma es la responsable. Pero a veces es la consecuencia del egoísmo del hombre, que, al no buscar más que su propia satisfacción, muchas veces de una manera brutal, no sabe o no quiere comprender los deseos subjetivos de la mujer, ni las leyes objetivas del proceso sexual que en ella se desarrolla.

La mujer empieza entonces a rehuir las relacio-

nes sexuales y siente una repugnancia que es tanto o quizá más difícil de dominar que la tendencia sexual.

Además de las neurosis, la mujer puede en tal caso contraer enfermedades orgánicas. Así, la congestión de los órganos genitales durante la excitación sexual puede provocar inflamaciones en la órbita de la pelvis si la excitación no se termina con una descongestión que en la mujer está estrechamente ligada al orgasmo. Desde el punto de vista psicológico, estas perturbaciones dan origen a la indiferencia, que muchas veces acaba en la hostilidad. La mujer difícilmente perdona al hombre la falta de satisfacción en las relaciones conyugales, que le son penosas de aceptar y que, con los años, puede originar un complejo muy grave. Todo lo cual conduce a la degradación del matrimonio. Para evitarla, es indispensable una "educación sexual", pero una educación que no se limite a la explicación del fenómeno del sexo. En efecto, no se ha de olvidar que la repugnancia física en el matrimonio no es un fenómeno primitivo, sino una reacción secundaria: en la mujer es una respuesta al egoísmo y a la brutalidad, en el hombre, a la frigidez y a la indiferencia. Ahora bien, la frigidez y la indiferencia de la mujer es muchas veces una consecuencia de las faltas cometidas por el hombre que deja a la mujer insatisfecha, lo que contraria al orgullo masculino.

Karol Wojtyła, *Amor y responsabilidad*, Editorial Razón y Fe, Madrid (tercera edición en castellano, 1978), págs. 316-318.

LA TIENDA DEL ORFEBRE

Sorprendido por su pregunta,
me detuve por un instante y
miré con asombro fijamente a
[los ojos
de la que acababa de convertirse
en mi prometida.
Ella me confesó los pensamien-
[tos

que urdía en su mente
desde aquella tarde en las mon-
[tañas.

¿Qué cerca pasó aquella noche!
Hice casi mía su imaginación
y aquel oculto sufrimiento

que entonces me negaba a intuir
y que hoy considero, sin embar-
[go, un bien común.
Y lo sé con certeza —no puedo ya
[caminar solo—.

Sé que no tengo ya nada que
[buscar.

Tiembo solamente de pensar
[qué fácil era
perderla entonces.

Las alianzas se retiraron del es-
[caparate.

El orfebre nos miró largamente a
[los ojos.

El peso de estas alianzas de oro
—nos dijo— no es el peso del me-
[tal,

es el peso específico del ser hu-
[mano,

de cada uno de vosotros
y de los dos juntos...

[Ecce homo! No es transparente.
Ni lujoso.

Ni sencillo.
Es más bien mísero.

Un hombre solo. ¿Y dos?
¿Y cuatro, ciento, un millón?

Intenta multiplicar estas cifras
(multiplicar la magnitud por la
[debilidad)

y tendrás el producto de la Hu-
[manidad,

el resultado de la vida humana.
Así habló, aquel extraño orfebre
midiendo nuestras alianzas.

Luego las limpió con la gamuza
y las volvió a colocar en la cajita
que antes ocupaba un lugar en la
[vitrina.

Por último las envolvió en papel
[de seda,

sin apartar la mirada de nues-
[tros ojos,

como si tratase de sondear nues-
[tros corazones.

¿Tenía razón al decir todo aque-
[llo?

¿Interpretaba acaso nuestros
[pensamientos?

Tal vez ninguno de nosotros po-
día extraer conclusiones desde
[tan cerca.

El amor entraña más entusiasmo
que reflexión.

Teresa.—Nos vimos reflejados en
[el escapate

como en el espejo del futuro.
Andrés tomó una de las alianzas

y yo la otra, nos dimos las ma-
[nos,
Dios mío, qué sencillo fue todo.

EL PROMETIDO

Ana.—La margura es sabor de
[comida y bebida
pero es también un sabor inte-
[rior, sabor del alma,
del alma, frustrada y desencan-
[tada.

Este sabor permea, penetra en
todo lo que haces,
lo que dices, lo que piensas. Pe-
netra incluso en la sonrisa.

Ya no me ama —me he dado
[cuenta—,
porque no se apercibe ya de mi
[tristeza.

Es como si Esteban hubiera sali-
[do de mí.

Y tal vez ni siquiera yo esté ya
[dentro de él.

Me ha dejado con la oculta heri-
[da
pensando tal vez: "Ya se le pasa-
[rá".

Estaba convencido de sus dere-
[chos,

Pero yo deseaba que los volviera

a conquistar una y otra vez des-
[de el principio.

¿Debe ser el amor siempre un
[compromiso?

¿Debe siempre nacer de la lucha,
del continuo combate por el
[amor del hombre?

He sido madre. En la habitación
[de al lado,
todas las noches se acostaban
[nuestros hijos.

El mayor, Marcos, después, Mó-
[nica y Juan.

En la habitación de al lado rei-
[naba el silencio.

El surco de nuestro amor que-
[brado
aún no había llegado a sus al-
[mas.

El surco que, sin embargo, me
[dolía tan obstinadamente.

Con frecuencia pasaba por aquí.
Era éste mi camino habitual al
[trabajo

(por la mañana solía tomar el
[atajo).

Al principio nunca me fijé en
[esta tienda,

pero cuando nuestro amor se
[hizo añicos
me puse a mirar las alianzas,
símbolos del amor

y de la "fidelidad conyugal".
Recordé entonces cómo, hacía
[tiempo,

aquel símbolo me hablaba,
cuando el amor era incontestable,
cuando era un himno cantado
con todas las cuerdas del cora-
[zón.

Después, las cuerdas enmude-
[cieron
poco a poco, y nadie era capaz
de afinarlas.

Yo creía que la culpa era de Es-
[teban.

No lograba encontrar la culpa
[dentro de mí.

Es tan poco, tan poco lo que nos
[une.

Me vinieron a la mente las alian-
[zas
que todavía llevamos en el dedo,
[él y yo.

Una vez, regresando del trabajo,
al pasar frente a la tienda del or-
[febre,

me dije: tendré que venderla,
tendré que vender mi alianza.
(Esteban no se dará cuenta;
casi no existía ya para él.

Tal vez incluso me traicionase,
[no lo sé,
ya nada me importaba de su vi-
[da,

me era del todo indiferente.
Después del trabajo tal vez juga-
[ba a las cartas.

Volví tarde de las fiestas,
sin una palabra, y cuando decía
[algo,

yo respondía con el silencio).
Aquella vez decidí, pues, entrar.
El orfebre miró la pieza, la sope-
[só en su mano.

Me miró entonces fijo a los ojos.
[Y luego

descifró la fecha del voto
escrita en la parte interior de la
[alianza.

Me clavó de nuevo con la mirada
mientras colocaba el anillo en la
[balanza.

Luego dijo: "Esta alianza no tie-
[ne peso.

El fiel no se mueve del cero
y no podré extraer de ella ni si-
[quiera un gramo de oro:
su marido está vivo, por eso
ninguna de las dos alianzas tiene
peso por sí sola, pesan sólo jun-
[tas.

Mi balanza de orfebre
tiene la particularidad
de que no pesa el metal en sí,
sino todo el ser humano
y su destino..."

Tomé entonces la alianza y huí
[de la tienda,

de la vergüenza, sin decir pala-
[bra.

Me imagino que él me seguiría
[con la mirada.

Desde entonces he vuelto siem-
[pre a casa por otro camino.



UNA FIRMA CLASICA EN ALTA FIDELIDAD



PIONEER[®]
si busca lo mejor

Los productos PIONEER se encuentran a la venta en los principales establecimientos especializados.

Representado en España por:



ATAIO^{*} INGENIEROS S.A.

DIVISION DE AUDIO

MADRID-16

Enrique Larreta, 10 y 12
Tels. 733 05 62 - 733 37 00
Telex: 27249 - Cable: Teleataio

BARCELONA-21

Ganduxer, 76
Tel. 211 44 66

BILBAO-13

Simón Bolívar, 27
Tel. 442 20 50
Telex: 31486

SEVILLA-11

Avda. República Argentina, 68-5.
Tels. 45 18 30 - 45 25 98
Telex: 72771

VALENCIA-8

Avda. del Cid, 2
Tel. 328 72 00
Telex: 64501

YA ESTA A LA VENTA

TIEMPO de HISTORIA



AÑO IV
NUM. 48
100 PESETAS

Entrevista
con
Georges Soria

Director: EDUARDO HARO TECGLÉN

En su número 48, TIEMPO DE HISTORIA incluye estos temas:

- HISPANIDAD Y NAZISMO, por Ovidio Gondi.
- GEORGES SORIA: UN TESTIGO DE LA HISTORIA, por María Rulópez.
- LAS COORDENADAS HISTÓRICAS DEL DESTINO DE FEDERICO GARCÍA LÓRCA, por Emilio Atienza Rivero.
- ÁNGEL PESTAÑA: MEDIO SIGLO DE SINDICALISMO ESPAÑOL, por Eduardo de Guzmán.
- CHECOSLOVAQUIA, 1938-1978: LA GUERRA Y LA PAZ, por José María Solé Mariño.
- LOS "GOBIERNOS QUISLING" DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, por Carlo Caranci.
- EL TANGO: PROTAGONISTA Y TESTIGO DE LA HISTORIA ARGENTINA, por Héctor Anabitarde y Ricardo Lorenzo.
- FRANZ SCHUBERT, UNA VIDA INCOMPLETA: En el ciento cincuenta aniversario de su muerte, por Javier García Sánchez.
- ESPAÑA 1948: Selección de textos y gráficos, por Diego Galán y Fernando Lara.
- LEÓN TOLSTOI, UN TIEMPO RECOBRADO, por Héctor Anabitarde y Ricardo Lorenzo.
- CINE: Cuerpos en el tiempo; Mitos delicuescentes de la imaginaria popular.
- LIBROS: Neruda, testigo de un proceso y la necesidad de su análisis; Luis Corvalán, "Algo de mi vida"; Memorias de una aristócrata comunista; Los amigos de Durruti: unos olvidados de la Historia; La revuelta permanente; Un estudio sobre la tiranía; La economía de la Edad de Piedra.

EN EL NUMERO DE NOVIEMBRE DE

TIEMPO de HISTORIA

LA TIENDA DEL ORFEBRE

Sólo hoy de nuevo me he atrevido...
[do...]
pero el cierre estaba echado.

Un interlocutor casual.—La mujer con la que me topé frente a la

[tienda del orfebre, no se encontraba allí [por casualidad, de eso estoy seguro.

Pienso más bien que fue por casualidad [sualidad por lo que comencé a hablar con [ella.

Entonces vi, en nuestra conversación, [sación, de dónde viene y a dónde lleva el amor humano,

y me percaté de lo escarpado de [sus orillas; cuando el amor se despeña por una de esas orillas

ya no consigues hallar otra vez [asidero, y va a la deriva, mientras el camino discurre por encima de él...

Dije entonces a la mujer (Ana): "Dentro de poco pasará por aquí [el Prometido",

se lo dije pensando en el amor que se había apagado en ella sin [dejar rastro.

El Prometido va por tantos caminos, [nos, y encuentra a tanta gente diversa, [sa.

Al pasar, sondea el amor que se oculta en las personas. Y sufre

cuando ve un amor equivocado. Y es equivocado el amor cuando no existe.

Recuerdo que le pregunté también [bién por qué quería vender su alianza, [za,

qué pretendía arrancarse con [aquel gesto. ¿La vida acaso? Pero, ¿no se vende la vida a cada [momento?

¿No se arranca uno la vida con [cada gesto? No tiene ningún sentido marcharse [charse

y dedicarse a vagar durante [días, meses, tal vez años. El sentido está en volver,

en encontrarse a uno mismo en [el lugar de siempre.

La vida es una aventura que tiene, sin embargo, su lógica [consecuencia,

y no se debe, no se puede dejar los solos al pensamiento y la imaginación.

¿Con qué habría de quedarme [entonces? —preguntó Ana. El pensamiento es el que debe [permanecer

fiel a la verdad. Ana: Pero, ¿no es la verdad acaso [so eso que sientes más hondo en ti?

Luego volvió a repetir que el Esposo pasaría por aquí [dentro de poco.

El anuncio, dos veces desvelado, no sólo me fascinó, sino que de pronto despertó en [mi

la nostalgia. La nostalgia por un hombre [ideal,

por un hombre bueno y decidido, que será distinto de Esteban. Otro, otro.

Y con este deseo nuevo me sentí yo misma nueva y más [joven.

Me eché, creo, a correr entonces [calle arriba observando a los hombres con [atención.

Sobre la superficie del amor pasa una corriente veloz, centelleante y alterna. Caleidoscopio de ondas y situaciones plenas de fascinación. Esta corriente se vuelve tan vertiginosa a veces que

arrastra a hombres y mujeres. Convencidos de que han tocado el séptimo cielo del amor, no han

llegado siquiera a rozarlo. Son felices un instante, cuando creen haber alcanzado los confines de la existencia y arrancado los velos sin omitir nada. Sí, efectivamente. En la otra orilla no queda nada; pasado el éxtasis no queda ya nada, no hay nada.

Pero no puede terminar así. ¡No, no puede! ■ TRIUNFO "L'Espresso", 1978.

